

# LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 14 de

Junio de 1888.

**Precios de Suscripcion.**

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

**REDACCION Y ADMINISTRACION**

Plaza del Sol 5, bajos,  
y calle del Cañon 9, principal.  
**SE PUBLICA LOS JUEVES**

**Puntos de Suscripcion.**

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

**SUMARIO.**—A los que se llaman desgraciados.—Cantares.—El dinero de los pobres.

## A LOS QUE SE LLAMAN DESGRACIADOS

### I.

Son muchos los hombres y las mujeres que dicen con amargura:

¡Qué desgraciado soy! no doy un paso que no hieran mis plantas punzantes espinas; fijo mi pensamiento en un sér, y este no deja nunca de darme un cruelísimo desengaño, no pongo en accion un proyecto que no fracase y me haga perder la paciencia, la esperanza, y el producto de mis economías y privaciones. ¿Y esto se llama vivir? ¿Y este es el decantado progreso del espíritu? ¿es esta la misericordia divina? ¿es éste el amor inmensísimo que tiene Dios á sus hijos?... más me valiera no haber nacido.

Y esto lo dicen aquellos que viven en su casa más ó menos acomodados, y que muchísimas veces sufren inquietudes porque ellos mismos siembran la semilla que les dá tan amargo fruto, y que cuando pierden la salud, con abundancia de comodidades, ó de privaciones, pueden permanecer en su hogar sin tener que llamar á las puertas de esos asilos que se llaman Hospitales; y á esos que se quejan continuamente de su suerte adversa, á esos que desconocen la profundidad del abismo del dolor, á esos que se llaman desgraciados porque viven rodeados de pequeñas y continuas contrariedades, á esos descontentos de la vida terrena, les decimos:

No blasfemeis, no maldigais vuestro destino, no digais que os persigue la fatalidad, sino habeis tenido que pasar algunos dias en el duro lecho de un hospital; si no habeis pasado esas noches interminables de penoso insomnio escondiendo la cabeza en la almohada, cubriéndoos con la colcha hasta desaparecer debajo de ella para no oir los gemidos de los unos, las amargas quejas de los otros, las irónicas chanzonetas de los que se rien de su propio infortunio, si no habeis estado en contacto con la agonía de muchos enfermos, creednos, no os llameis desgraciados, porque en realidad no lo sois.

Y no penseis que os acusamos porque nosotros nos creamos libres del pecado del hastío; porque sabemos por esperiencia lo que se sufre cuando llegan esos momentos de fiebre devoradora en los cuales el hombre se oprime la frente entre sus manos, y exclama con acento desfallecido: No puedo más, el peso del dolor es superior á mis fuerzas; porque sabemos como se llora cuando en nada se espe-

ra y se cierran voluntariamente los ojos de la inteligencia y no se ve más que el pequeño círculo en que vivimos; por eso cuando las circunstancias nos empujan por el camino de las comparaciones nos apresuramos á decir á nuestros compañeros de recelos y temores:

No os desesperéis, no os creais los desheredados de la tierra, no penseis que habeis apurado hasta las heces el cáliz de la amargura si no habeis dormido (os lo repetimos) en el helado lecho de un hospital.

En esta existencia no hemos llegado á pedir un refugio en esos asilos de la desgracia, pero hemos visitado á muchos enfermos, no precisamente por virtud, no por que hayamos pasado largas horas prestándoles los dulces cuidados de la caridad, sinó por que conceptuamos los hospitales como los mejores libros para estudiar en ellos la triste historia de la humanidad.

¡Cuánto se aprende recorriendo las salas donde se albergan los seres mas desventurados de este mundo!... todos los volúmenes filosóficos que han escrito los sábios de todas las edades, no enseñan tanto como los enfermos que gimen lejos de su familia y de su hogar.

Buscando á una pobre mujer cuyo infortunio la llevó al Hospital de Santa Cruz, hemos recorrido varias veces algunos salones de aquella mansion tristísima, y nunca hemos orado con más fervor que mirando á aquellas pobres mujeres, que á su vez nos miraban, en particular las que no tenian junto á su lecho ningun sér amigo que les preguntara con cariño ¿Cómo estás? ¿sufres mucho?....

Si, orábamos entonces con verdadera, con inmensa gratitud, dando gracias al Sér omnipotente por haberle concedido al espíritu tiempo y progreso indefinido, tiempo que sin duda hemos aprovechado cuando en esta existencia, apesar de no poseer ningun capital y de carecer de familia, en medio de nuestra pobreza y de nuestra soledad, nos hemos salvado de sufrir mil muertes por segundo, escuchando el estertor de los unos, las blasfemias de los otros, viendo á las enfermeras impasibles é indiferentes que no detienen su paso cuando un enfermo las llama, que no se conmueven ante el llanto desesperado de toda una familia que al ir á ver uno de sus deudos encuentran su lecho vacío.

No hace muchos dias que presenciarnos una de esas escenas horribles que no hay pintor que las traslade al lienzo ni hay novelista que las copie con toda su desconsoladora realidad, que tiene el dolor demostraciones inimitables, hay manifestaciones silenciosas que dicen mas que todos los poemas que se han escrito en el Universo.

Hemos visto á un matrimonio de edad mediana acompañado de cuatro muchachos, que contaria el mayor catorce inviernos y el menor seis primaveras; todos iban cubiertos de harapos con el rostro ennegrecido, el cabello enmarañado, delgados, escuálidos, cadavéricos.

Se acercaron á una cama vacía, miraron el lecho con extrañeza, se miraron despues unos á otros y dijo el padre: ¿Pues cómo se habrá ido sin esperarnos? si sabia que no habia de moverse hasta que yo viniera....

Algunas enfermas murmuraron ¡Pobre gente!

¿Qué dicen?... preguntó la madre mirándolas con recelo, ¿saben donde está mi hija?

Nadie contestó á su pregunta, más pasó una hermana de la caridad y al ser interpelada por aquellos infelices que le preguntaron donde estaba su hija, la religiosa se encogió de hombros diciendo con frialdad.

Ya no le duele nada, hace dos días que la enterraron; y siguió su camino tranquilamente, mientras que aquellos desgraciados se quedaron como si un rayo los

hubiese herido. Nada dijeron, ni un gemido exhalaban, ni una lágrima humedeció sus ojos, se miraron unos á otros estrechando el círculo que formaban sin pronunciar una sola palabra, así permanecieron algunos minutos, después el padre se apoyó sobre el hombro de la mujer y todos se alejaron lentamente.

¡Pobre familia! nunca olvidaremos aquellos seis seres tan prudentes y tan sufridos en medio de su inmensa desventura, en particular los padres tenían en su rostro una expresión tan triste y tan desconsoladora, que apesar de ir tan súcios y tan harapientos, inspiraban por su infortunio tanta simpatía que nos sentimos atraídos hácia ellos y deseosos de estrechar su diestra.

Cuando salieron del salón contemplamos el lecho donde habia exhalado su último suspiro una pobre jóven sin haber recibido los besos de su madre y la bendición de su padre.

El procedimiento seguido en los hospitales es verdaderamente inquisitorial. ¿Acaso los pobres no quieren á sus hijos, y estos á sus padres? ¿porqué imponerles la durísima condición de no dejar que los enfermos mueran en brazos de su familia? ¿por qué prestarles alivio para el cuerpo sin pensar un segundo en su alma? ¿piensan que esta puede satisfacerse con las exhortaciones rutinarias de un sacerdote vulgar? no; en el sagrado instante de morir se necesita escuchar una voz amorosa cuyo timbre conmueva y nos haga esperar en la misericordia de Dios.

No le es al pobre bastante tormento las privaciones que sufre durante su vida? por qué no pensar en endulzar sus últimos momentos en esos mismos establecimientos benéficos? que indudablemente podrian hacer un gran servicio á los desheredados de la tierra, lo mismo á los viajeros que tienen que interrumpir su marcha por falta de salud y no tienen recursos para subvenir á los gastos que ocasiona una larga enfermedad.

La fundación de los hospitales es altamente beneficiosa, esto es indudable, pero el personal religioso que cuida de los enfermos destruye en parte los consoladores efectos que debian producir esos asilos donde se recojen los seres mas infortunados de la tierra; más tanto se abusa y tanto se explota á los mártires de la miseria, que los albergados en los hospitales carecen de lo mas necesario, aun cuando nunca faltan cuantiosos donativos de los millonarios que al morir se acuerdan de los pobres; y estamos plenamente convencidos, que si se administrara con recta conciencia el patrimonio de los pobres, éstos tendrían para sus últimos momentos un albergue agradable en el cual morirían bendiciendo á la Providencia; mientras que ahora los que tienen la desgracia de concluir sus dias en un hospital, mueren desesperados, completamente desesperados; ¡infelices!

Como hemos dicho anteriormente, con motivo de ir ahora con bastante frecuencia al hospital, conocemos que desde el primer dia que procuramos ver á nuestra enferma, un espíritu que sin duda vagaba por aquellos lugares nos envolvió con su fluido, fluido que nos angustiaba sin que por esto nos mortificase, y deseosos de complacer al espíritu, comenzamos á escribir el presente artículo, mas causas ajenas á nuestra voluntad nos impidieron proseguir el trabajo empezado, y antes de reanudarlo tuvimos ocasion de visitar á las niñas enfermas en el hospital de Santa Cruz, llamándonos vivamente la atención dos, una por lo risueña y lo simpática, por lo amable y expresiva, pues al vernos nos ofreció dulces y fruta que ella estaba comiendo con la mayor complacencia, y en un niño enfermo, y enfermo en un hospital ofrecer las golosinas que le han llevado, es una generosidad sin límites.

—¿Cómo te llamas? la preguntamos.

—Aurora, contestó la enfermita sonriendo dulcemente.

Que nombre mas apropiado llevaba aquella niña. ¡Aurora! aurora de amor es su significativa sonrisa, y tanto nos interesó que nos ocuparemos de ella en otro artículo.

Seguimos mirando lecho por lecho, y nos llamaron la atención dos pequeñas colocadas una en frente de otra, la primera rodeada de su familia oprimia contra su pecho una muñeca, la segunda estaba sola, sobre su lecho hacia un cestito con juguetes; y la dijimos:

—Tu tambien te entretienes en jugar, ya veo que tienes un canastito.

—No es mio; contestó la niña con tan marcado enojo que la miramos atentamente y nunca hemos visto un semblante que revelara mas contrariedad. ¡Pobre niña! estaba pálida y demacrada, rizos de un rubio pálido caian sobre su frente, y sus ojos azules tenian una mirada tan dolorosa, revelaban tan profundo hastío, que parecia imposible que en un sér tan pequeño pudiera haber tanta amargura!

Mientras más la mirábamos, mas viva sentíamos la influencia del espíritu que hacia algunos dias que no nos dejaba, y nos pareció que nos decian al oido: Mira bien á esa niña que ella es mi imágen. La miramos con mas atención aún, y la voz repitió: así viví yo en la tierra ¡triste de mí!....

Melancólicamente impresionados hemos seguido algunas horas, y dominados por la influencia de un sér invisible, le ofrecemos nuestra mediacion para que nos cuente sus penas que indudablemente debieron ser..... muy grandes.

## II.

«No te has equivocado en tus cálculos.

¡Oh, mi buena cronista de los pobres! fuí en mi última existencia un sér muy desgraciado, y aunque mi historia se asemeja á la de todos los mártires del infortunio, aprovecho la ocasion oportuna que se me presenta para dar expansion á mi sentimiento, para hablar, para relacionarme con los terrenales, de los cuales no conservo recuerdos agradables porque yo no merecía ser amada.»

«Pertenece al sexo femenino, mi madre fué un sér inofensivo, que para mi expiacion me convenia una madre de carácter dócil facil de dominar por el terror, que sobre todos sus afectos dominara el miedo al más fuerte; siendo mi padre uno de mis mas encarnizados enemigos de anteriores existencias; y ya podrás comprender que entré en la tierra bajo los mas tristes auspicios, con una madre sin voluntad propia, y un padre que me odió desde el instante que nací, porque esperaba un varon, y al ver una hembra renegó de su suerte y costó gran trabajo que le consintiera á mi madre amamantarme, esta, temerosa siempre de enojar á su marido, como sabia que aquel me odiaba, nunca en su presencia se ocupaba de mí; bien podía yo retorcerme de dolor y lanzar los más penetrantes alaridos, que mientras mi padre necesitaba los cuidados de su esposa, ésta permanecía impassible sin conmoverse por mi sufrimiento.

»Crecí enfermiza y uraña porque nadie se cuidó de despertar mi sensibilidad ni de vigorizar mi debilitado organismo. Cuando cumplí seis años, mi padre se fué al Nuevo Mundo por sus asuntos comerciales, y conviniéndole la compañía de su esposa se la llevó, y á mi me dejaron en casa de un hermano de mi padre, el cual, si no me odiaba como el autor de mis dias, no me profesaba tampoco ningun afecto entrañable; así es que al ser atacada por las viruelas, le faltó tiempo para conducirme al hospital temeroso de que sus hijas se contagiaran »

«Para desgracia mia, lo que me faltaba de belleza física, porque toda mi fami-

lia me llamaba *la fea* (tan excesiva era mi fealdad) me sobraba de desarrollo intelectual, desarrollo que nadie conocia, porque nadie se tomaba el trabajo de estudiarme y observarme; así es, que mi larga estancia en el hospital me proporcionó un horrible sufrimiento.»

«Si deformes eran mis facciones de ordinario, con la enfermedad aumentó su deformidad, y cuantas personas estaban cuidando á los enfermos, decian al pasar ante mí: ¡Qué criatura más fea! ¡parece un mónstruo! ¡dá horror!

«Cada exclamación de estas producía en mi corazón el efecto de una flecha envenenada y lágrimas de fuego quemaban mis prominentes mejillas. Tras de las viruelas se me complicaron otras enfermedades que me hicieron permanecer en el hospital más de un año, y cuando llegaban los días festivos ¡cuán inmenso era mi sufrimiento! todas las niñas sin escepcion veían su lecho cubierto de juguetes de dulces y de frutas, solo yo era la desheredada que nadie, nadie se acordaba de mí; y como era tan fea, como mi semblante inspiraba tan profunda repulsion, las niñas tampoco simpatizaban conmigo; me llamaban *el coco* ¡y cuanto daño me hacían aquellas inocentes chanzonetas de mis compañeras de infortunio! pero como el dolor no es eterno, en aquel triste lugar lució un rayo de sol para mí. Vino un Prelado del Nuevo Mundo que traía entre su servidumbre varios negros, estos fueron alojados en el hospital por cuestion de higiene, y con ellos un magnífico perro de Terranova.»

«Una tarde entraron los negros en la sala donde yo estaba, seguidos del perro que ya he mencionado, este cruzó el salón rápidamente, y parándose delante de mi lecho comenzó á ladrar ruidosamente, apoyándose en mis almohadas, y despues dió principio á lamerme la cara y las manos con la mayor suavidad. Yo sin temor alguno me abracé al perro y lágrimas copiosas brotaron de mis ojos, mis lágrimas eran de alegría ¡ya no estaba sola! junto á mi lecho había un irracional que me quería, á todos les llamó la atención las demostraciones del perro, las niñas le llamaron mostrando en su diestra dulces y pan, pero el noble bruto se sentó junto á mi lecho y costó mucho trabajo arrancarle de allí. Al fin se lo llevaron, mas á poco rato volvió haciéndome las mismas demostraciones de cariño y en el tiempo que permaneció en el hospital, que estaría mas de un mes, no se separó de mi lecho haciéndole á todos tanta gracia su preferencia, que le dejaron con toda libertad para que estuviera donde quisiera, y no fué en esta ocasion solo el perro quien me quiso, me quiso tambien uno de los negros, el mas anciano que me dijo un día:»

—«¡Pobre niña blanca! para tí son mas buenos los animales que los hombres....! observo que nadie viene á verte, que nadie se acuerda de tí, tu destino es tan triste como el de la raza negra, siento por tí, lo que siento por mis hijos, te compadezco y te quiero, quieres darme un poquito del mucho cariño que debes guardar en tu corazón? Yo correspondí á sus caricias y me contemplaba feliz al verme querida por un negro y un perro; las preferencias de este último todas las niñas me las envidiaban ¡era tan hermoso!»

«Sus caricias y su constante compañía aceleraron mi curacion coincidiendo mi salida del hospital casi con la suya, lo que me fné muy ventajoso, pues sin él me parecia el hospital mas triste y mas sombrío; que sol es el amor de tal potencia, que aun cuando sus rayos lleguen á nosotros por mediacion de los irracionales, con su calor nos vigoriza, y con su luz nos alienta.»

«Por el prólogo de mi existencia puedes calcular ¡oh! *mi buena cronista de los pobres*, cual seria su continuacion, llegué á la juventud sin que las rosas de los quince abriles me ofrecieran su embriagador perfume y su delicado matiz ¡era

tan fea! y por mi mal tan entendida y tan apasionada, que mi vida fué un martirio sin tregua.»

«Como toda mi familia era ignorante, mi talento no fué apreciado, vivía completamente fuera de mi centro; aunque no nací en la opulencia, mi padre tenía una mediana fortuna que toda la perdió con su viaje al Nuevo Mundo, y la miseria con todos sus horrores llamó á las puertas de mi triste hogar, mi salud fué siempre tan escasa que la mayor parte de mi vida la pasé rodando por los hospitales, terminando mis días en uno de esos asilos donde tanto se sufre, víctima del mas cruel de los desengaños. Por un momento olvidé que yo era una mujer horrible, creí que un hombre me amaba, rendí tributo á las leyes naturales y un sér se agitó en mis entrañas. Yo temblé de gozo, no estaba casada, es cierto, pero estaba abandonada de toda mi familia y yo queria ser amada, ¡y de quién mejor que de mi hijo!.... Su padre, que era un servidor de la iglesia, creyó mas prudente hacerme desaparecer de la tierra, y me dió un brevaje en el hospital, con el cual en breves horas dejé ese mundo no sin comprender que moria asesinada. ¡Qué horrible fué mi agonía!....

«Muchas horas paso aún contemplando el lugar de mi suplicio: cuando yo dejé ese planeta fué en una sombría noche de invierno, las enfermas que me rodeaban agonizaban algunas de ellas, en un aposento contíguo al salon se oían alegres carcajadas de los practicantes y enfermeras que pasaban la velada lo menos mal posible, acompañándoles á intervalos mi asesino, mientras que algunas moribundas pedían agua con acento desesperado. Mi voz dominaba sobre todas las demás, llamando á mi asesino que no compareció; y antes que la nieve de los años dejara sobre mis cabellos sus blancos copos, dejé ese globo donde solo fuí amada de un perro y de un negro, que solo á ellos en mi encarnacion anterior á mi última existencia, presté un señalado servicio, y ellos en cumplimiento de la eterna ley de las compensaciones, me ofreció el uno sus caricias, que yo las tenía merecidas por haberle libertado de morir arrastrado por una turba de chiquillos inhumanos en una época no lejana, y al otro le dí asilo en una noche de tempestad; y allí donde sembré amor floreció la gratitud, demostrada inconscientemente por dos seres que no me recordaban, que no me conocían, pero que impulsados por una fuerza superior á su inteligencia y á su voluntad me ofrecieron el fruto de la semilla, de la santa semilla que yo había sembrado.»

«¡Oh, tú, mi buena cronista de los pobres! tú que en los hospitales te entristeces y te inspiras, estudia en la verídica historia que yo te relato y deduce de ella lo bueno que es ser bueno. Yo no tuve mas momentos felices que cuando me ví acariciada por el hermoso perro de Terranova y compadecida por un negro.»

«Mucho mas te diria, muchas mas reflexiones te podria hacer, pero tú te encuentras fatigada, y á la vez el peso de mis amargos recuerdos me abruma, si bien hoy soy relativamente feliz, por que confío volver á la tierra en mejores condiciones, seré amada, tendré una familia que me comprenderá, y el amor de mis deudos no permitirá que cuando las enfermedades debiliten mi cuerpo tenga que pedir albergue en un hospital.»

«No te recomiendo mas, sino que visites con frecuencia los hospitales, allí hay muchos seres que sufren, allí los amantes del progreso tienen los medios mas seguros y eficaces para poder progresar.»

«Adios cronista de los pobres; un espíritu agradecido te ofrece su cariño, y aunque yo en el espacio soy menos que un átomo, en la inmensidad, quizá pueda evitarte no diré el sufrimiento que por tu expiacion tengas merecido; pero si lograre hacerte mas lijera la carga de tus pequeñas pero innumerables contrariedades, no por que

pueda quitarte ni un adarme de su peso, pero si por que puedo inspirarte el deseo de visitar á los desventurados; y ante los cuadros sombríos que hay en el Museo de la vida, el lienzo de tu infortunio te parecerá encantador paisaje lleno de luz esplendente y de vívidos colores. Cotejar y comparar, hé aqui la base de la mas profunda filosofía, en ese trabajo está concentrado el progreso del espíritu; aumenta la intensidad del dolor cuando no llegan á nuestros oidos mas que el eco de nuestras lamentaciones, en ese mundo no existe la felicidad, pero se puede aprender tanto estudiando la historia de sus desheredados que se pueden adquirir los conocimientos suficientes para dejar de ser desdichado.»

«Cuéntame en el número de tus verdaderos amigos, y cuando el dolor te abrume evócame y yo derramaré en tu mente el recuerdo de mis desventuras y pensando en los males ajenos te olvidarás de tus sinsabores; vive en todos, no pienses en tí misma, que la compasión para los desdichados es bálsamo bendito que cicatriza las heridas del alma.»

«No pienses en tu pasado, no leas sus páginas escritas con tus desaciertos, abre el libro de tu porvenir, sus hojas están orladas de flores, flores que los pobres por tí consolados, irán iluminando con bellísimos colores.»

Adios.

III.

¿Qué podremos decir despues de lo que nos ha dicho el espíritu? Que nuestro título más glorioso será en la tierra ser *cronista de los pobres!*

Amalia Domingo Soler.

---

## CANTARES

---

I.

Hubo un tiempo en que buscaba  
el medio de ser feliz:  
dirigí la vista al cielo,  
y me dijeron: «Aquí.»

II.

Del suelo nacen las flores,  
nacen perlas en el mar,  
y del amor, que es tan bello,  
brota siempre algún pesar.

III.

Por el cielo de mi vida  
también cruzan nubes negras;  
que el alma tiene sus nubes  
con que anuncia sus tormentas.

IV.

Errante voy por el mundo  
en busca de la verdad,  
¡pero si se oculta tanto!  
¿cómo poderla encontrar?

V.

No puede, no, ser feliz  
quien no sepa que es amor,  
y no comprende la dicha  
quien desconoce el dolor.

VI.

La amistad es como un cielo  
por donde las nubes pasan;  
unas llevan desengaños,  
otras nos traen esperanzas.

VII.

Las tumbas del cementerio  
con una cruz se señalan:  
¡si señalar yo pudiera  
la que tengo aquí en el alma!

VIII.

A las ocho menos cinco  
se fué, dejándome sola!  
En el reloj de la ausencia  
oh! que largas son las horas!

IX.

En el mar del mundo, el hombre  
es una nave sin tino,  
la virtud es el piloto  
que le señala el camino.

X.

Dos almas que á unirse vuelan  
en el altar del amor,  
tienen mucho que elevarse,  
porque el sacerdote es Dios.

XI.

De la flor que se muere  
brotó semilla,  
y de la muerte siempre  
surge la vida.  
Por eso dicen:  
cuando los cuerpos mueren,  
las almas viven.

XII.

Suave y ligero es el aire,  
mucho vida tiene el sol,  
mas todo alegre está en vano  
si está triste el corazón.

XIII.

El que duerme en la esperanza  
y con amor siempre sueña,  
nunca debe despertar  
aunque soñando se muera.

XIV.

Te contaré mis pesares  
muy bajito y al oído,  
que no quiero que las flores  
lloren de pena al oírlos.

XV.

Es el tiempo un librito  
donde se escribe  
todo aquello que pasa  
mientras se vive:  
pero el olvido  
sus páginas borrando  
va de continuo.

XVI.

Cuando se enferman los ricos,  
siempre está la casa llena;  
¿será que la caridad  
engañar también se deja?

XVII.

El pueblo es el sacerdote  
que nos dice la verdad,  
el dolor es su doctrina,  
y el sacrificio su altar.

XVIII.

Niega todo lo que quieras,  
si negar es tu desgracia,  
mas no me niegues tres cosas:  
el alma, Dios y la patria.

LOLA RODRIGUEZ DE TIÓ.

---

## DINERO DE LOS POBRES

---

En el último número del año IX de LA LUZ DEL PORVENIR dijimos que al comenzar el año X de nuestra publicación diríamos cuanto habíamos recibido y entregado á los pobres durante el año IX, así es que hoy diremos cuanto hemos recogido desde el 24 de abril hasta el 22 de mayo último.

Para las ancianas de Andujar las cantidades siguientes:

De B. 2 pesetas, de una mujer 1 id., de Gracia 2 id. de una familia espiritista de Jerez de los Caballeros 3 id., de Carmen 1 id., de Villa cañas 2 id., de Aranjuez 5 idem, de un espiritista de Figueras 45 id., de un protector 5 pesetas.—Total 66 pesetas.

Para los pobres hemos recibido los donativos siguientes: De San Quintín 30 céntimos, de Araceli 1 peseta 30 céntimos, de B. 3 pesetas, de una familia espiritista de Jerez de los Caballeros 3 id., de Ramon Mas de Crevillente 5 id., de Diego Puente 5 id., de Córdoba 1 id., de Victorina 1 id., de Alcira 1 id., de Aranjuez 3 id., de Felipe 1 id., de Talavera la Real 1 id., de Carlos 4 id., del Ferrol 1 id., de un amigo de la humanidad 1 id., de Alcoy 10 id., de un protector 5 id.,—Total 46 pesetas con 60 céntimos, que hemos distribuido del modo siguiente: A una niña ciega 7 pesetas 60 céntimos, á una familia muy desgraciada 17 pesetas, á una baldadita 5 id., á una viuda con hijos 16 id., á una pobre 1 id,

Nada queda en la caja de los pobres, y hemos repartido durante el año IX de LA LUZ seiscientos veintiocho pesetas 85 céntimos.

Nuestro placer hubiera sido asemejarnos á la Providencia, y si en algo sirve el buen deseo, por nuestra parte, seríamos el puerto de salvación de todos los afligidos, por esto agradecemos tanto los donativos que nos envían para los pobres.